

¿Cuándo se volvieron locos? El jardín quemado

de Juan Mayorga

**Ignacio Amestoy
Egiguren**

El jardín quemado

de
Juan Mayorga

Introducción de
Virtudes Serrano

Edición:
**Universidad de Murcia.
Murcia. 2001**

Es admirable la labor editorial relativa al teatro de la Universidad de Murcia. Ahí está la *Antología Teatral Española* que, coordinada por César Oliva y Mariano de Paco, demuestra que nuestra escritura dramática tiene un altísimo nivel. Domingo Miras abrió la colección, con *La venta del aborcado*, con prólogo de César Oliva. En su número 40, se ha publicado *El jardín quemado*, de Juan Mayorga, con una introducción de Virtudes Serrano. Entremedias, piezas de Signes, Martín Iniesta, Rodríguez Méndez, María-José Ragué, Sirera, Buero, Morales, Alonso de Santos, Benet, Quiles, Martín Bermúdez o Martínez Ballesteros, con estudios de Mariano de Paco, Torres Monreal, Gómez-Grande, Trape-ro, Salvat, Tordera, Fernández Insuela, Diana de Paco o Torres Nebrera. Un hito editorial donde la visión del crítico da su valor a la obra del dramaturgo.

Es lo que hace Serrano con la obra citada de Mayorga (Madrid, 1965). La estudiosa, en una inteligente introducción, nos dice que en *El jardín quemado*, obra crucial en la producción de Juan Mayorga, escrita en 1996, el autor pretende simbolizar «todo lo que se convirtió en cenizas cuando, tiempo atrás, para evitar la muerte de las ideas, de los soportes de la humanidad, quienes las defendían cayeron en lo que condenaban».

Creo que acierta la introductora de la obra de Mayorga en su diagnóstico. Juan Mayorga es un gran observador de la realidad y a lo largo de sus obras nos va describiendo lo que ve a su alrededor con los ojos de la pasión y con los ojos de la razón. Es difícil establecer una frontera entre su pasión y su razón. Muchas veces, el cartesiano Mayorga oculta —o blind— al epitérmico Mayorga.

En *El jardín quemado*, hay un gran personaje, Benet, un Prometeo en el confuso mundo de hoy. Virtudes Serrano lo

compara, con acierto, al Ignacio bueriano de *En la ardiente oscuridad*. Benet ha salido de las aulas de la Facultad de Medicina. Llega a la isla en la que Mayorga ha querido ubicar San Miguel, un hospital, un manicomio, una cárcel..., donde se encuentra «el jardín quemado».

¿Cuándo se quemó el jardín? ¿Cuándo el hospital se convirtió en manicomio? ¿Cuándo, el manicomio en cárcel? ¿Cuándo los poetas se tornaron en presos? ¿Y cuándo se volvieron locos? Juan Mayorga retrocede, en la Historia de España, a la Guerra Civil de 1936-1939. Es uno de los tiempos históricos de referencia. En aquel momento, doce hombres, doce combatientes, llegaron a la isla, a la prisión, al manicomio... El doctor Garay estaba entonces rigiendo el centro y lo rige todavía ahora.

Entre los doce soldados, el poeta Ferrater. No se puede dejar de pensar, tratándose de Mayorga, en el filósofo, José Ferrater Mora (1912-1991), que vivió el exilio tras el 39; al que podemos vincular con el cada vez más considerado poeta en lengua catalana, Gabriel Ferrater, muerto en 1972, a los 50 años, que soportó el exilio interior. El Benet de Mayorga llega a la isla después del 78 constitucional. Es el segundo lazo histórico de Mayorga en esta obra con España. Es ya la España democrática. Benet parece que ha acabado sus estudios de medicina. Pero él dice que en San Miguel va a hacer «un rutinario trabajo de fin de carrera». Nos da igual si ya es doctor o no. Lo que sí parece cierto es que viene buscando saber qué ha pasado con Ferrater. Sin duda, es una coartada que diga que está escribiendo «un libro sobre él, una biografía», sobre Ferrater.

Benet llega a San Miguel —suponemos que por el arcángel—, donde las voces de los enfermos, de los reclusos o de los locos son, además, angélicas —¿una premonición del posterior y reciente trabajo de



Mayorga a partir de *Sobre los ángeles*, de Alberti?—; llega a San Miguel, decíamos, con el propósito de desvelar la verdad que se encuentra enterrada bajo las cenizas del jardín quemado. Como un inquieto Prometeo, Benet irá tratando de encontrar a Ferrater, un emblema, en el laberinto de esa isla. Al fin, le encontrará. Y Ferrater le descubrirá la verdad. Aquellos doce soldados, él incluido, derrotados, buscaban preservar las ideas de su República. Pero, conforme se fueron acercando a la isla, al exilio, fueron convirtiéndose en lo que habían condenado.

Benet, que habrá pugnado por cambiar el rumbo de San Miguel, acabará abandonando su empresa. En la nueva democracia, habrá llegado a denunciar al doctor Garay, y habrá obtenido de la autoridad competente su cese. ¿Para sustituirle él en la dirección de la cárcel? Benet, en una escena surrealista, cargada de matemática, llegará a ganar una partida de ajedrez, con una estrategia que aprendió, ¡precisamente!, de Ferrater... ¡Gana su partida!

Pero el Ferrater que, al fin, Benet encuentra no es satisfactorio. «Proletarios y campesinos, poetas, todos unidos, ¡a las barricadas! ¡No pasarán! ¡Es el destino de la humanidad el que está en juego!», grita Ferrater en la penúltima escena de la obra, postrera de las que tienen como marco San Miguel. Y la acotación nos dice: En las manos de Benet, el viento deshace el manuscrito de «Entre naranjos». Es el libro de poemas que Ferrater había dado a Benet antes de que éste le dijera: «Ferrater, he venido a traerle una buena nueva: es usted un hombre libre».

La última escena de la obra es en el puerto de la isla, como la primera. Prometeo ha vuelto a fracasar. Benet ha descubierto lo que no quería descubrir. El héroe de Mayorga se encuentra en este momento final con el Hombre Estatua que conocimos en el prólogo de la obra, cuando Benet arribó a la isla. La terrible pregunta-respuesta de Benet al Hombre Estatua, un antiguo habitante de San Miguel, ahora en otro exilio, es sobrecogedora. ¡La pregunta-respuesta de Mayorga al Hombre Estatua, al exiliado de los exiliados, es sobrecogedora!

«Dígame que él no es Ferrater», es la demanda que Benet hace al Hombre Estatua. Pero el Hombre Estatua ni afirma, ni niega. Y la pregunta final, desesperada, de Benet será: «Dígame cuándo se volvieron locos».

Juan Mayorga, con la intuición del buen matemático, había ya dado la respuesta en la escena primera de la obra, en el Prólogo. El Hombre Estatua había contado a Benet que tuvo un sueño: «He soñado que metían toda la ceniza del jardín en un reloj de arena». Ahí está el santo y seña de la obra, luego vendrá la demostración del teorema. Y, a la postre, habiendo alcanzado el punto de llegada en su viaje iniciático, Benet tendrá en la línea del horizonte otro punto de salida. El tiempo empezará a correr de nuevo con la ceniza de la historia como cronómetro. ¡El tiempo y Mayorga! La angustia de sus personajes por no llegar a tiempo, de morir antes de vivir. ¡De morir sin morir! Ferrater pregunta, preguntándose: «¿Cuánto tiempo más necesitaréis para poneros en el punto de vista de la historia?» Si no se está en la historia, no se vive. Benet abandona la isla, donde él quería edificar su utopía, porque la tierra prometida, la ínsula prometida, la península prometida —¿nuestra Península?—, no está en la historia.

Hablando de nuestro entorno y reflexionando sobre obras como *El jardín quemado* se puede pensar en la muy concreta perspectiva de la historia de las generaciones que llegaron a la adolescencia cuando España ya era formalmente un país democrático. ¿Era aquella democracia, que luego ha tenido sus avatares, algunos no demasiado gratificantes, el fin de nuestra historia? En *El jardín quemado* percibimos a un Juan Mayorga nihilista, más que existencialista. Aunque no poco unamuniano. El decoro —el colectivo y el personal— le hace andar con pies de plomo sobre el pasado —sea español o no, aunque siempre lo sea, por muy anglosajón que se muestre—, pero todavía sin la carga de la culpa, a la manera de Miller. No, todavía los personajes de Mayorga no se sienten culpables por, simplemente, ser sobrevivientes. Y no sé si alguna vez llegarán a tener esa sensación. Supongo que sí. La historia no se acaba, se repite. ■